

Zygmunt Bauman, *Sobre la educación en un mundo líquido*, 2013, Barcelona, Paidós, 151 pp.

RECEPCIÓN: 22 de octubre de 2013.

ACEPTACIÓN: 12 de noviembre de 2013.

Si ya nos habíamos referido anteriormente a las interesantes posiciones tomadas por Zygmunt Bauman respecto a las características que presenta la educación en un mundo líquido,<sup>1</sup> en la presente obra dialoga con Ricardo Mazzeo en torno al tema que había sido objeto de aquella conferencia sostenida en Barcelona en 2007; además, profundiza en el tema y lo relaciona con otros fenómenos de la sociedad líquida, sobre todo el aspecto económico. La conversación con Mazzeo se inicia con algunas reflexiones suscitadas por el intenso auge que guardan los movimientos de las personas en nuestro mundo; el fenómeno que presenta Londres —señala el periodista— en el cual existen casi ciento ochenta grupos étnicos que hablan lenguas diferentes, además de no ser único, hace comprender la dificultad para crear un sentimiento de solidaridad real entre esas personas que viven juntas. Aparecen con facilidad dos reacciones opuestas: la mixofobia o temor a verse involucrado con extranjeros, y la misofilia o alegría al experimentarse en un entorno diferente y estimulante.

Bauman señala que el fenómeno de los migrantes es imposible de detener, además de que es muy improbable que las puertas de tales países puedan mantenerse cerradas: a pesar de los esfuerzos de los “dos pirómanos más activos de Europa: Berlusconi y Sarkozy” (p. 11), el hecho es que “Europa necesita inmigrantes” (Massimo d’Alema, presidente de la Fundación Europea de Estudios Progresistas), debido a la debilidad que presenta todo el continente en

<sup>1</sup> Ver “Los Retos de la educación en la modernidad líquida”, *Estudios*, vol. XI, núm. 105, verano 2013, pp. 211-5.

## RESEÑAS

su crecimiento poblacional. Pero es preciso ver que “una mezcla de diversas inspiraciones culturales es también una fuente de enriquecimiento y un motor que activa la creatividad” (*ibidem*). En estas circunstancias, mantener la identidad cultural es un desafío real y el tema es crucial para el mundo futuro: o bien realizar un esfuerzo para integrar en verdad a los extranjeros, que son el salvavidas para una Europa que envejece rápidamente, o bien el crecimiento de reacciones xenófobas que tienden a hacer imposible tal integración; en este sentido, es interesante ver cómo las actitudes del antiguo presidente de Francia, Nicolás Sarkozy, son repetidas por François Hollande, nuevo presidente y antiguo dirigente del Partido Socialista. Tales posiciones son idénticas a las mantenidas por la derecha francesa radical, representada por Jean-Marie Le Pen y su hija Marine. Esto permite ver hasta qué punto los extremos se tocan.

Lo que interesa es, sin embargo, ver que en esta importante decisión política —que vale no sólo para los países europeos— la educación jugará un papel fundamental, considerada en tres niveles diferentes: ante todo, la más elemental, que consiste en ejercitar la memoria, repetir con detalle lo escuchado o leído (en esto tiene analogía con los proyectiles dirigidos a objetivos inmóviles y precisos); el segundo nivel capacita para moverse en un entorno no conocido, pero al que se responde de manera nueva y creativa (continuyendo con el símil, los proyectiles “inteligentes”); el tercer nivel representa una revisión radical del marco del conocimiento, propio del tiempo líquido en el cual vivimos, que capacita a la persona para moverse en marcos siempre nuevos y cambiantes, de modo que permite “enseñar unas aptitudes que permitieran desmembrar y volver a organizar el marco cognitivo predominante, o bien desecharlo por completo sin sustituirlo por un elemento nuevo de reemplazo” (p. 21). Los proyectiles se dirigen a objetivos en continuo movimiento, que cambian de dirección y velocidad: “los objetivos son seleccionados mientras el misil se desplaza, y son los medios disponibles los que deciden cuál será el objetivo finalmente seleccionado” (p. 25). La educación, en este nivel, no tiene mucho apego a la información recabada y de ninguna manera se permite actuar conforme a la “costumbre de actuar”, que sugiere la información adquirida; los conocimientos se vuelven rápidamente “desechables”, válidos sólo “hasta nuevo aviso”. Como se había observado en el ensayo anterior, y conforme a lo señalado por el profesor John Kotter de la Harvard Business School, “el diseño de los productos, la capacidad del competidor, los instrumentos

del capital y toda clase de conocimientos tienen un alcance de vida creíble más corto” (p. 27): nada está destinado a durar, mucho menos para siempre:

Cualquier punto de referencia o directriz que hoy parece fiable y merecedora de atención, con toda seguridad mañana será desenmascarada y definida como engañosa y corrupta. Compañías que se suponían sólidas como rocas gigantes resultan ser ficciones salidas de la imaginación de los contables. Lo que hoy es “bueno para ti” mañana puede ser reclasificado como un veneno. Compromisos que, en apariencia, son firmes, y acuerdos rubricados con solemnidad, pueden derrumbarse de la noche a la mañana” (p. 29).

En otras palabras, es la confirmación de lo afirmado en la antigüedad por Heráclito de Éfeso: *panta rei*. El problema filosófico, debemos observar, no parece del todo nuevo.

Este hecho, dice Bauman, no debe conducir a la desesperación: más bien debe abrir la posibilidad de numerosas oportunidades. Ello requerirá de una verdadera “revolución cultural” (p. 39) que implique poner un freno al insaciable apetito por la novedad, propiciado por una sociedad de consumo que lleva a actuar de manera egocéntrica y materialista. Esta “revolución cultural” se opone a un “mercado de consumo”, que propone objetos en continua renovación, caracterizados por requerir consumo inmediato y destinados a no perdurar; tal mentalidad no puede menos que manifestar un “descorazonador menosprecio hacia la escuela” (p. 41). El “mercado de consumo” tiene como propio el exceso y el despilfarro, que se mantienen y perduran gracias al crédito, en “el disfrute ahora, pague más tarde”. Así, “los mercados pudieron transformar a consumistas inactivos que no servían para nada en una masa de acreedores (generadores de lucro)” (p. 51). Hasta que esto terminó estallando, para desgracia y castigo no de quienes alimentaban tales ilusiones, sino de quienes eran sus esclavos. Se castiga –brutal ironía– a cientos de miles de jóvenes que estaban convencidos de que la posesión de un título universitario era la llave que daba acceso al mundo de quienes se encontraban en lo alto del escalafón social. Pero, al poseer finalmente el ansiado título, descubrieron que era imposible incluso encontrar *trabajo*, o trabajos inestables y frágiles, muy lejanos de sus aspiraciones.

En nuestro mundo líquido numerosos sueños tocan a su fin, entre ellos el de generaciones que soñaron que sus hijos, gracias al acceso a estudios superiores, podrían ascender en la escala social; la realidad es que las nuevas generaciones se enfrentan, por el contrario, a un mundo duro e inhóspito, poco

RESEÑAS

acogedor, en el que las puertas se cierran y los méritos alcanzados se menosprecian.

Ahora las multitudes de seducidos se están convirtiendo en masa y casi de la noche a la mañana, en multitudes de frustrados. Es la primera vez de la que tengamos noticia, en que “toda una generación de graduados” se enfrenta a una alta probabilidad, casi a la certeza, de conseguir unos empleos que serán *ad hoc* –temporales, inseguros y de tiempo parcial–. O a unos pseudo-empleos impagados de “adiestramiento” que han sido recalificados, de modo engañoso, como de prácticas (p. 56).

Y mientras los poderosos defienden celosamente sus privilegios, el acceso a los estudios superiores se vuelve cada vez más difícil: las matrículas aumentan, son admitidos a tales estudios en número cada vez más restringido y las mismas universidades se arrojan en los brazos de los mercados de consumo. “Se trata de la suspensión o abandono de los proyectos de investigación, de su devenir superfluo. Y, con toda probabilidad, de un futuro empeoramiento de los porcentajes entre el número de maestros y de alumnos, y por lo tanto de un empeoramiento en las condiciones del aprendizaje y su calidad” (p. 61).

El análisis de Bauman adquiere proporciones de un realismo casi aterrador. Desde esta perspectiva, los jóvenes aparecen en un horizonte de desechabilidad que sólo se mantiene por su capacidad consumista (cada vez más intenso) y no por constituir el futuro político de una nación; los propios estudios universitarios tienden a presentar una visión mecánica y simplificada de las relaciones entre la escuela y el desarrollo económico, privando a tales estudios –sobre todo en el mundo occidental y “económicamente desarrollado”– de una base humanista y crítica. Como observa atinadamente Mazzeo:

La persecución de un aprendizaje meramente técnico-científico, olvidando el horizonte crítico más amplio y más rico, que sólo ofrece una educación histórica y filosófica, es [...] ‘incompleto e infructuoso’, al igual que es estéril y peligroso hacer creer que uno domina el mundo entero gracias al Internet, cuando no se tiene la cultura suficiente que permite filtrar la información buena de la mala (p. 76).

Entretanto, aumenta peligrosamente el número de jóvenes que son incapaces de acceder a estudios superiores, o que habiendo accedido a ellos son incapaces de hallar un trabajo adecuado; esto sucede en los puntos más

diversos del planeta y Bauman cita casos concretos situados en Polonia, Estados Unidos y México mismo. “De los veintiocho millones de mexicanos que están en edades comprendidas entre los quince y los veinticinco años, diecinueve millones no asisten a ninguna institución educacional, mientras que siete y medio buscan en vano un empleo” (p. 81). Son datos que, al considerar las capacidades del Internet y de los medios electrónicos, pueden fácilmente convertirse en detonadores sociales que manifiesten la ira y desesperación de la población. Todo esto se ve impulsado por una sociedad en la que todos somos consumidores, “por derecho y por deber” (p. 99); en la cual las tiendas y los centros comerciales dan la impresión de ser farmacias llenas de drogas que sanan o, cuando menos, suavizan todos nuestros dolores y preocupaciones personales. “Los supermercados son nuestros templos [...] y la lista de compras es nuestro breviario, mientras que los paseos por los centros comerciales se han convertido en nuestros peregrinajes. Nuestras emociones más intensas consisten en comprar de forma impulsiva y luego librarnos de las posesiones que ya no son lo suficientemente atractivas, para en su lugar colocar unas que nos resultan más atractivas” (p. 100). Bauman señala que “la plena satisfacción del placer del consumidor significa la plenitud vital. Compró luego soy. Comprar o no comprar, esta es la cuestión” (*ibidem*).

La sociedad contemporánea, en la cual las desigualdades se acentúan, desecha a numerosas personas que han quedado excluidas del círculo consumista. El número de insatisfechos aumenta, a la vez que disminuye el de quienes detentan la mayor parte de los bienes económicos. Pocos, muy pocos (el ya famoso 1%), tienen mucho; muchos, cada vez más, tienen menos. Esto lleva naturalmente a una “revolución social”, que debe conducir al esfuerzo para hacer partícipe a toda la comunidad de los beneficios logrados, a hacer que los gobiernos generen los estímulos económicos que lleven a las personas a realizar su perfección de un modo que no sea sólo el materialista. El progreso no debe consistir fundamentalmente, tal como lo ha señalado Amartya Sen, en el aumento del PIB, sino en una serie de beneficios sociales y culturales de los cuales participen todos los miembros de la sociedad. Todo ello no es fácil de ser aceptado, sobre todo por las personas y los países ricos que, por el contrario, tienden a enclaustrarse cada vez más y la seguridad es un imperativo creciente frente al exterior amenazante.

RESEÑAS

Lo anterior es más claro en el tema de las migraciones: los sistemas y leyes que los países producen para detener la inmigración y el derecho de asilo se vuelven cada vez más estrictos. Quienes están fuera de las fronteras –o los extranjeros que se encuentran ya en el interior–, adquieren de pronto el rostro de sospechosos y de elementos amenazantes; la apertura a los demás, la integración de quienes llegan del exterior y la cooperación con los mismos se vuelve cada vez más irrealizable. “De este modo –afirma Bauman– todos perdemos” (p. 119).

Para lograr bienes que se distribuyan a todos; para evitar los riesgos a los que conduce una sociedad consumista desenfadada; para ver en el otro la posibilidad de enriquecimiento personal y comunitario; para superar los graves peligros de una visión puramente materialista, “se requerirá una enorme cantidad, quizás una cantidad sin precedentes, de auto-restricción y de disposición para el sacrificio” (p. 129). Todo esto sin hacernos creer que las promesas del consumo carecen de atractivos: todo lo contrario, razón por la cual “la sumisión a las tentaciones de consumo es un acto de servidumbre voluntaria” (p. 137). A su vez, una vida entregada al consumo desperdicia la mejor energía vital de las personas, la que podría destinarse a otras inquietudes humanas como el compromiso, la entrega personal y más efectiva a las personas a las cuales amamos, a la responsabilidad y a la vida comunitaria.

Los análisis anteriores desembocan en el hecho de que el malestar creciente, creado por políticas egoístas que han conducido a la exclusión y a privilegiar a un grupo reducido de sujetos beneficiados (personas/países), se mueve ahora a velocidades enormes en el ciberespacio y en la subordinación a la lógica *on line* o de transmisión en directo, lo que permite entender los acontecimientos en países del Oriente medio. Estas experiencias deben alertar y hacer recordar que el día de hoy las distancias geográficas ya no tienen importancia (p. 147), que las pautas de imitación transitan por los espacios extraterritoriales casi de forma azarosa y que “nunca se puede asegurar de antemano en qué pista aterrizarán, o cuál de las innumerables torres de control las detectará, interceptará o lanzará hacia el espacio aéreo local, y cuántos aterrizajes forzosos se verán forzados a hacer y dónde” (p. 148).

La obra de Bauman posee, como muchas otras del autor, una importancia fundamental para comprender muchos de los fenómenos que aparecen en nuestros días. Sus tesis llevan a reflexionar sobre los efectos de una pretendida educación que se quiere sólo al servicio de lo práctico, de las ganancias, de lo perecedero; sobre los riesgos de políticas que toman como parámetro

solamente criterios financieros y materiales; sobre el peligro de opiniones que, quizás para lograr un aumento de votos, impulsan la xenofobia, la desconfianza y la condena de los “otros”; sobre la necesidad que existe para actuar cuanto antes en hacer prevalecer actitudes de responsabilidad, de participación e inclusión de los bienes sociales, materiales y espirituales, para lograr posiciones de auto-dominio y auto restricción, a fin de evitar ser esclavizados por aquellos bienes que la misma sociedad produce. Para tener tiempo y disponibilidad de abrirnos a los demás; para poder disfrutar con-los-demás de los bienes esenciales para el ser humano, y también de los materiales; y para que en el rostro propio y en el de los demás se pueda leer un carácter solidario y no más solitario.

JAIME RUIZ DE SANTIAGO

Departamento Académico de Estudios Generales  
Instituto Tecnológico Autónomo de México